

El Sacerdote pecador en la novela contemporánea

Santiago de Anitua, S. I.

La ética de la situación es la ética de la circunstancia singular. Esto aun en el caso de una conciencia mediatizada por la sociedad. Tal sociedad en la hipótesis moral contemporánea ha de ser necesariamente concreta, limitada por sus fronteras políticas, por su ideología o por sus pasiones, sin perspectivas ni conexiones con las demás sociedades ni con la humanidad, si no es por un imperativo de propio interés descubierto por su conciencia singular.

No podía ser de otra manera. El Existencialismo se ha encerrado en el cascarón de su propia existencia particular, fenoménica y consciente. Ni las esencias por ser inmutables se pueden compaginar con su devenir vital; ni la abstracción, por ser alejamiento, con lo concreto del fenómeno; ni lo objetivo con lo subjetivo del existir individualista.

Este subjetivismo, tras el amplio período objetivista medieval, se ha ido incrementando a partir de la victoria individualista del Renacimiento y de la Reforma; se desarrolló en las teorías "yoístas" de un Kant; llegó a su culmen lógico en Fichte y Shelling; ingresó en la problemática social, por las diversas libertades de liberalismo del siglo XII; se concretó en lo pasional humano, por el existencialismo moderno, personalizado en Sartre.

Sartre en su obra propugna como punto crucial de su filosofía la libertad humana. Una libertad que blasfema de Dios y se concreta en el seguimiento de los imperativos personales, que al fin concluyen con la muerte. "El hombre es una pasión inútil". Frase tremenda, símbolo de un filósofo nihilista.

La ética de la situación propugna, por tanto, como constitutivo único de la moralidad a la naturaleza humana "tal como concretamente existente" o a la regularidad del acto por la razón individual, encerrada en sí y para sí. Tal es la moral condenada por el Santo Oficio.

Nuestra postura ética, por el contrario, es una actitud abierta. La naturaleza humana —óntica y universalmente considerada— es norma general de moralidad: **norma**, no constitutivo esencial de la misma. Por su parte, **la naturaleza humana**, individual y concreta, es la norma particular de

moralidad; mas para que esta norma sea perfecta ha de estar conformada a la norma universal y ha de considerarse en todos sus respectos esenciales. De ahí la importancia de la formación de la conciencia.

Y los respectos esenciales de la naturaleza humana son abiertos. No sólo hay deberes para consigo mismo. El hombre es esencialmente creatura; luego tiene derechos para con su Creador. Dios ha puesto su ley natural en el corazón de los hombres; y ha revelado, ha instituido una Iglesia, como sendero necesario que El ha querido que siguiéramos para conseguir nuestro fin. "Quien creyere y se bautizare será salvo" "No quien dice Señor, Señor, sino quien cumpliera mis mandamientos, ése me ama". Y hay un precepto divino, que nos manda "amarle con todas nuestras fuerzas, y con toda nuestra alma".

Con esto ya hemos abierto el círculo estrecho y mezquino de la ética existencialista.

Pero el hombre es además social, en virtud también de su misma naturaleza. Luego tiene deberes para con la sociedad a la que pertenece: la sociedad familiar, la sociedad civil, y la sociedad humana en toda su extensión. Sentir las voces de esta última sociedad, es lo que ha llamado Pío XII **sentido social**.

Esta segunda abertura de la conciencia y moral humana está también promulgada en aquel otro mandato de la ley, semejante al primero: "amarás al prójimo como a ti mismo". O mejor en el precepto, testamento del Señor: "Amaos los unos a los otros, como yo os he amado".

De esta manera el bien común se eleva sobre lo puramente singular de mi "yo y de mi circunstancia". Lo ético se abre a un campo jurídico-moral ecuménico.

Asentados tales principios vamos a enjuiciar la responsabilidad del escritor católico contemporáneo. Y dentro de este tema, vamos a centrarnos en el caso moral, que nos ofrece la presentación del cura en la novela, en el cine o en el teatro, tal como hoy se estila.

El problema es sutil, difícil y oscuro. La ética de la situación ha contagiado de baba todo nuestro obrar. ¿Al fin no hay también elemento subjetivo en nuestra moral? ¿No es el dictamen particular de nuestra conciencia, lo que, en determinadas cuentas, nos dirige?

He ahí la responsabilidad en el formar la conciencia del individuo y de la sociedad: la formación del sentido de responsabilidad y del ambiente social.

El escritor es un factor primordial en esta tarea. El escritor es un maestro de verdades, de costumbres y de bellezas. El magisterio escrito es el más universal. El libro, es, en gran parte, el rector de las ideas y de las costumbres: el creador de conciencias y de ambientes.

El escritor dice relación esencial al público al que se dirige. Nadie publica libros para sí mismo. Debe, por tanto, en virtud de esta relación, tener en cuenta los efectos de su obra, en el público concreto de determinada formación, ideología y ambiente. El escritor especializado tiene un público asimismo especializado, fuera del cual no se propagan sus escritos. Pero el literato está hecho para el público lector en general. De ahí la diferencia de responsabilidad que toca a un moralista, o a un químico, y a un literato.

Ha de considerar también quien escribe para el gran público y en temas generales, el ambiente, tanto el que retrata en su obra, como el que después ésta encontrará en sus lectores.

El autor no puede falsear un ambiente real, por un mero capricho de esteticidad o de éxito publicitario. El ambiente es un clima moral, un ente real, con su entidad metafísica y objetiva. Es faltar a la verdad ofrecer al lector un ambiente falseado de algo que existe. Si el protagonista de una novela —y aun de una novelística— es un cura traidor, y no aparece la corona compensadora de sacerdotes santos y no traidores, que también existen en la realidad entremezclados y superando a aquellos, se falsea el ambiente, al mutilarlo, y al no presentar sino un aspecto peyorativo del mismo. El lector, engañado por el personaje que ve, juzga a todos los demás que no ve y que pertenecen a la misma profesión del traidor, bajo la luz desagradable de éste. En el Evangelio aparece un Judas, pero también otros once apóstoles sinceros: el ambiente del colegio apostólico no ha sido falseado por la constatación de la infidelidad que cometió el Iscariote.

El ambiente del público a quien va dirigida la obra también ha de ser considerado por el escritor. Tal ambiente puede estar en crisis, en formación o ya formado perfecta o imperfectamente. El primero exige una orientación creadora; el segundo una orientación reformadora o perfeccionadora, según esté deformado o sea fundamentalmente bueno. Por fin, el literato, por su sentido de solidaridad humana ha de respetar la dignidad de los personajes humanos que baraja, y del público humano que lo lee. Y ante todo, en las obras destinadas al gran público, ha de considerar que no es el criterio puramente estético, sino el criterio ético, el que ha de prevalecer, por las consecuencias sociales, que una inversión de valores acarrearía.

El escritor religioso —en la acepción general de quien toca puntos de religión— gusta de presentar el conflicto del pecado, de su remordimiento, y, —en el mejor de los casos— de su contricción y penitencia. Este conflicto ha tomado caracteres de tragedia, cuando el sujeto es un sacerdote. Se agranda la hondura, cuando tiene una sicología de elegido su protagonista, y consiguientemente, un tormento de traidor, cuando ha caído. El problema pasional y psicológico crece con honduras de humanismo revistiendo potencial de obra trágica eminente. ¿Esta posibilidad de belleza artística confiere al escritor católico verdadero derecho social a tratarla? He aquí la cuestión.

El sacerdote católico ha desempeñado diversos papeles en la novelística mundial. Palacio Valdés trató extensamente al “cura cómico”, burgués ingenuo de tresillo, de prontos malhumorados, de regocijante embarazo en las fiestas de sociedad, de chocolatitos con marquesas, o de zafiedad pueblerina. Tal ha sido la figura del eclesiástico, en los siglos XVIII y XIX. A veces esta tónica ha degenerado hasta presentarnos al cura repulsivo de Galdós.

En nuestro siglo la figura sacerdotal ha ganado, por lo menos, en espiritualidad y humanismo. Se ha hecho famosa la tragedia del cura calumniado e incomprendido, puesta de relieve por el mismo Palacio Valdés en su novela *La Fe*, y por Spilman en “*El Secreto de la Confesión*” vertida al cine con el título de “*Mi Secreto me condena*”.

Esta tendencia nos parece aceptable, pues junto con el valor psicológico de la novela, queda a salvo la dignidad humana del protagonista y se pone de relieve su heroísmo.

Pero junto a esta postura plausible se han puesto de moda otras orientaciones novelísticas más problemáticas, desde el punto de vista moral que nos ocupa; el cura santo y místico, pero humanamente tarado (Bernanos: *Diario de un Cura de Aldea*), o el cura santo, pero de antipática santidad. Por fin una tercera actitud planteada por Graham Green en *El Poder y la Gloria*, y seguida después por otros autores en *El Renegado*, en *El Canto del Gallo*, etc.: el cura pecador y arrepentido.

¿Estas últimas actitudes están suficientemente justificadas?

La ética de la situación, basada en criterios subjetivos, aportaría en su favor la belleza estética del problema planteado, y la hondura psicológica que reviste. ¿La ética ortodoxa, a la luz de los principios, que arriba asentamos, podrá justificarla?

Podemos enunciar así las ventajas educadoras y orientadoras que de tales problemas se originan, con respecto a un público general.

El cura pecador y arrepentido, estudiado en toda la angustia de su caída y de su recuperación, nos hace del sacerdocio un estado más humano, más real y más asequible. Nos acerca al sacerdote hombre, que una vieja tradición nos lo había colocado en una esfera distanciada de idealismo impecable, o de anormalidad sustentada en absurdos —pero a menudo creídos por el vulgo— medios de esterilización o de adormición sexual pecaminosa. El cura de la novelística moderna aparece en su integridad humana, y debajo de sus hábitos asoman, un tanto provocativos, los ruidos de su pantalón de hombre.

Con ello gana también en prestigio el cura moderno. Su sacrificio perpetuo y generoso gana en sublimidad al patentizarse la lucha que lo sustenta. Por fin, como en contraste, aparece con relieve nuevo, el espiritualismo del sacerdote sobre el fondo oscuro de su humanidad viciada. Por necesaria consecuencia, el ministerio sacerdotal, especialmente el sacramento de la confesión se hace más asequible al hombre pecador.

Tales son las ventajas, que de esta novelística moderna se originan. ¿No son suficientemente preciosas y apetecibles? ¿No justifican la existencia de tales novelas? Para responder a dicha cuestión tendremos que aplicar los principios morales en que se basa nuestro estudio.

Decíamos que el escritor, por su relación esencial al público debía tener en cuenta las circunstancias ambientales de sus lectores. Y este ambiente podía estar en crisis o ya formado perfecta o imperfectamente. De ahí deducíamos la diversa actitud que debía adoptar el escritor católico responsable. Hay países, en que lo humano del sacerdote es un hecho público: el sacerdote es un hombre más, cuyos defectos —aun graves— todos saben demasiado. En esta hipótesis ambiental, novelas, que junto a esos defectos por todos conocidos y cuya proposición, por tanto, no es difamatoria en sí, pongan de relieve el aspecto espiritual y divino del sacerdote, pueden ser provechosas y aun necesarias.

Pero hay otros ambientes, en los que el sacerdote tiene un pedestal de honor, cuya base es lo divino y sobrenatural de su misión, por más que en el engarce de oro, que los rodea, se vean patentes oscuridades de barro. Estos ambientes pueden presentar altibajos estimativos del sacerdocio, y estar minados por convulsiones de crisis. La literatura decimononesca nos

presentó al cura burgués. Pero no logró debilitar el respeto al sacerdocio, que nuestros mayores nos legaron de patrimonio. La crisis racionalista, empero, y las angustias sociales de nuestros tiempos, han sacudido violentamente nuestras creencias, y el cura cómico o burgués del XIX es ya un insulto en las circunstancias de hambre y de persecución política. Hoy la crisis religiosa en grandes sectores de nuestros obreros, de nuestros intelectuales y de nuestros jóvenes estudiantes es un hecho. Por tanto, si la religión y el estado sacerdotal —como cualquier otro estado de la actividad humana— tiene derecho a la fama, es injusto rebajársela por intereses de arte. Y tal injusticia se agrava, si la pérdida del respeto al sacerdocio conduce a la pérdida de la religión, que es una de las mayores calamidades de la sociedad. Que este es el camino, nos lo muestra la historia del Renacimiento. Al humanismo burlón siguió un ambiente arreligioso, y en él se fraguó la Reforma de Lutero. Lo mismo podríamos afirmar de la Revolución Francesa del XVIII. Y semejantes efectos estamos experimentando en nuestra generación actual tras el volterianismo, heretismo o atonía religiosa de la generación literaria española del 98. Ojalá no podamos profetizar el cataclismo del siglo XX, donde, tal vez, una crisis de creencias y una catástrofe de principios jurídico-morales hagan de la era atómica una nueva vertiente de la historia. ¿La humanidad del siglo XXI serán una prehistoria nueva nacida sobre un desierto?

El bien común, que el sentido de solidaridad coloca en nuestra ética, obliga mucho al escritor, que vive en un ambiente de crisis: es responsable del efecto orientador o demoleedor, que su arte ejerza sobre los lectores.

Y estos daños son graves. Porque el pueblo en crisis gusta de lo picante, ama ver en su mismo plano —o más bajo— lo que sus abuelos idealizaron, desea hallar excusas a su conducta reprensible, y los datos que le proporciona la novela de un sacerdote miserable, los proyecta ilógicamente, obcecado por su crisis, sobre todo el clero y toda la religión, y se agrada en atacar unas creencias que, por divinas, son inatacables, pero que presentan un aspecto humano capaz de rectificación.

Junto al sacerdote heroico aparece el pecador; junto al cura humano, el despreciable. Más aun: para que aparezca el cura humano se pone de relieve al apóstata. El fin no justifica los medios. Pero, más aún, ¿son estos medios necesarios?

El heroísmo y el humanismo no se patentiza únicamente en la redención heroica de una culpa; basta para ello la lucha heroica contra una dificultad, que hace zozobrar a cualquier hombre vulgar sin temple de héroe.

Por otra parte ¿tales medios pueden considerarse desde el punto moral y humano indiferentes?

Hemos hablado del derecho a la fama, que tiene toda persona y toda corporación. Más aún, del derecho al respeto que todo público puede exigir al escritor.

Asistimos a una crisis del pudor. Realismo no es retratar al vivo las funciones fisiológicas de un individuo o regodearse en la bajeza del perdido. ¿Condenamos, por tanto, todo antagonismo en la novela? ¿Y no puede ser todo protagonista antagonista de sí mismo? Es preciso poner límites. El pudor los reconoce; y el sentido común. Además, en un estado honorable

no se compensa la máxima abyección con la suprema glorificación: ésta es exigida al óptimo, aquella no le debe ser permitida. Parece, por tanto, que moralmente, subordinadas las razones puramente artísticas, en un ambiente en crisis o por formar, cuando los bienes pretendidos son menores, que los daños subsiguientes, o por lo menos, tales bienes no son únicamente asequibles por medios dañosos, estos medios no pueden usarse impunemente.

Sin embargo ¿nuestra angustia en crisis, nuestra vida vulgar de hombre descristianizado, no exige también un cristianismo humano, angustioso y quebradizo?

Problemático es diagnosticar sobre los males sociales y sus remedios. La Providencia vela. Pero siempre será cierto, que lo bajo se eleva con lo alto, y lo rastrero con lo elevado. El Imperio Romano estaba corrompido y doce hombres puros, que amaban con corazón de niño, lo regeneraron. Aventurándose a una interpretación, creemos que el hombre tiene ansias de bondad y de amor. La mezquindad está demasiado a la mano. El hombre mirándose a sí y a su vida cotidiana se avergüenza. Y busca evasión de esta realidad que aborrece. Eso es lo que pide al novelista: un paisaje de redención. Quiere que le muestren que su naturaleza aún tiene remedio. Que la humanidad no es mala, sino débil; no es aborrecible, sino compadecible: *está —sólo está—* viciada. Necesita una redención de idealismo y de pureza.

Quiere otra cruzada de amor. Hombres puros, si no vivos, al menos posibles, para que tal clima espiritual cree un ambiente, que convenza a la humanidad, la sugestione y la redima.

¡Escritores católicos, esa es vuestra misión!

